

COMIDA Y SEXUALIDAD EN CARTAS POSTALES DE AMOR

por

Julián López García¹

Resumen: Se ha referido con frecuencia la identidad de sentido entre las prácticas culinarias y las prácticas amorosas y sexuales. La intuición etnográfica y la experiencia personal nos dicen que la retórica culinaria está muy presente en el lenguaje del amor, sin embargo, no sabemos con propiedad hasta qué punto están presentes y cómo se usan. Tampoco sabemos qué porción de esa retórica es jerga particular de una pareja determinada y qué motivos, metáforas y secuencias narrativas son constructos culturales. En este texto pretendo dar respuesta a esas cuestiones y sistematizar, en la relación amorosa, los contextos en los que se usan comidas, maneras de mesa y procedimientos y metáforas culinarias. Analizo las referencias culinarias en la correspondencia de novios extraídas de un corpus de más de mil cartas y postales desde 1890 hasta 1990. No sólo considero lo que los novios se escriben en esa correspondencia sino también las imágenes estampadas en las postales y relacionadas con la comida.

Palabras clave: Amor; sexualidad; carta postal; comida.

Resumo: Frequentemente se referiu a identidade de entre as práticas culinárias e as práticas amorosas e sexuais. A intuição etnográfica e a experiência pessoal indiciam que a retórica culinária está muito presente no idioma do amor, mas não sabemos ao certo até que ponto estão presentes e como são usados. Nem sabemos a parte dessa retórica que é jargão próprio de determinado casal, nem os motivos, metáforas e seqüências narrativas que são construções culturais. Neste texto procuro dar resposta a estas perguntas e sistematizar, na relação amorosa, os contextos que remetem para comidas, maneiras de estar à mesa e procedimentos e metáforas culinárias. Analiso as referências culinárias na correspondência amorosa de um corpus constituído por mais de 1000 cartas e bilhetes postais, datados entre 1890 e 1990. Não só considero o que os namorados escrevem nestas missivas como abordo as imagens estampadas nos bilhetes postais relacionadas com o comer.

Palavras-chave: Amor sexualidade; bilhete postal; comida.

¹ Catedrático de Antropología Social. Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED, Madrid, España) jlopezg@fsf.uned.es

COMIDA, AMOR Y SEXO DESDE LA ANTROPOLOGÍA SOCIAL

¿Acaso un beso no es un acto culinario? ¿alguien duda de que de que comer y hacer el amor son lógicamente y simbólicamente similares? La investigación etnográfica y la reflexión antropológica ha dado muchas evidencias de esta relación. Desde luego el símbolo básico del amor, el beso –al menos en occidente- lo parece: se emplea la boca y se activa la lengua; pero no es solo una representación del acto de comer, sino que realmente se ingiere algo que no es propio pues materia ajena entra voluntariamente en el cuerpo del otro. Se incorporan, como ha referido W. Belasco “entidades externas dentro del cuerpo privado” (2008: 35). No solo saliva sino otros fluidos corporales en los actos sexuales coitales y orales. Además, con refiere la misma antropóloga, ambos, comida y sexo, involucran los sentidos primarios de la vista, el olfato, el tacto y, sí, el gusto” (*ibid*).

A lo largo de su historia, la antropología ha destacado la relación existente entre los actos de comer y tener relaciones amorosas y sexuales apoyándose en mitos, en rituales, en categorías del lenguaje y en narrativas de los sujetos amorosos llegando a determinar cómo, en muchas sociedades, la comida, el amor y el sexo están estrechamente vinculados y dan sentido mejor que otras realidades al concepto de placer. La mejor expresión de lo que en occidente se ha llamado “placer compuesto”² es precisamente esa, comida más sexo. El gusto y el gustar remiten de una manera especialmente significativa a comida, amor y sexo. Lo mismo sucede con el deseo y con el gozo no solo en occidente sino en otros contextos culturales como ha señalado Goody para el norte de Ghana (1995: 151).

La sociedad humana constituida en torno a la esencia del don – dar, recibir y devolver – tiene en la comida y el el sexo sus pilares básicos; salir a cazar es un asunto de comida y también de sexo y la carne como materia remite a comida y a sexo... En las retóricas populares occidentales, desde la perspectiva masculina, a ciertas relaciones sexuales se las llama “magrear” o “darse el filete”, “darse el lote”, etc. Es decir, comer carne magra, filetes, se traduce al lenguaje erótico sexual por tocar carne magra: los pechos y la las nalgas principalmente desde la acción masculina y las nalgas, el torso y el pene desde la acción femenina. La Real Academia Española en su diccionario da dos acepciones para “magrear”:

² Este concepto de pasión o placer “compuesto” tiene su génesis en la obra de Charles Fourier (1973). Según Fourier (1973: 209, 212) la pasión compuesta – una de las pasiones mecanizantes junto con la “mariposeante” y la “cabalista” – consiste “en una fogosidad ciega, un estado de embriaguez y de entusiasmo que nace del conjunto de varios placeres sensibles y anímicos experimentados simultáneamente...”.

“sobar, manosear lascivamente una persona a otra” y “comer la parte más gustosa de los alimentos”.

Otro verbo polisémico en este sentido es sobar. Desde luego la imagen no puede ser más elocuente: la acción de sobar la masa de cereal para hacer, por ejemplo, un buen pan (cuanto mejor amasada la masa tanto mejor) encuentra un equivalente simbólico en el sobar de carnes corporales: cuanto más sobadas más rica estará esa “comida”.

Pero también se puede acariciar un plato como se acaricia un cuerpo; se hace tratándolo a fuego lento, mimando la cocción y, después comiéndolo lentamente... Como ha referido Flores Martos, en el puerto de Veracruz se usa la expresión “chiquitear” en ese doble sentido: “A una botella de licor, y a una mujer, un varón se la puede ‘chiquitear’: tomarla despacio, saboreándola y gozándola con calma y suavidad” (2009: 157).

Para la comida y para el sexo las manos y los brazos tiene mucha importancia, pero más, evidentemente, a la boca. El valor de la boca es especial, sirve para amar, para comer y para mantener relaciones sexuales. En la boca se ubica el logro del placer pues con ella se saborean comidas alimenticias y sexuales. Como hemos reflejado en otro lugar (Mariano Juárez, López García y Cipriano, 2017) las personas que por enfermedad dejan de usar la boca para comer pierden el sentido del placer culinario y, por otro lado, aunque el placer sexual puede ser coital, en las relaciones heterosexuales el sexo oral es único cuyo sentido y utilidad está en la búsqueda del placer. Boca y vagina se intercambian como órganos de comida y de sexo

El cuerpo del deseo se puede comer realmente como una comida: “dar un muerdo”, “morder” o “chupar” son acciones que van más allá del símbolo de la convergencia entre comer y amar y se convierten en signos: en los primeros escauceos amorosos de adolescentes en occidente no hay mayor prueba visible de que se quiere y desea al otro que mostrar cómo se lo ha comido; y no es retórica: ahí, en el cuello, está realmente el moratón del “muerdo”. “Comerse” a otro es poseerlo sexualmente y, como un plato, te lo puedes “acabar” o no, dejarlo vacío – satisfecho – o no. En las imaginaciones sexuales masculinas del puerto de Veracruz, la expresión “no te la vas a acabar” se refiere tanto a una relación sexual como a una comida. Como decía Daniel N., informante de Juan Antonio Flores: “Por más cosas que le hagas a una vieja y trates de complacerla, igual no te la vas a acabar... la puedes coger de un lado, de otro, meterle el dedo hasta donde se te ocurra, pero no te la vas a acabar” (2009: 152). Como un plato rico y abundante uno puede ir comiendo porciones, ingredientes separados... pero es posible que no te lo terminas, así es en la relación sexual según ese criterio.

Y no solo en occidente. En yoruba comer y casarse se dicen de la misma manera; en francés *consommer* significa “consumir” (un plato) y “consumar” (un acto sexual). En el norte de Ghana según Goody (1995: 151) la palabra *di* o *dzi* se usa para comer y tener sexo. En su famoso libro *Consuming Passions: The Anthropology of Eating* Farb y Armelagos afirman que, cuando un aborigen de Australia pregunta *¿utna ilkukabaka?* puede querer decir indistintamente “¿ha comido?” o “¿ha hecho el amor?” y algo similar con la palabra *kanava* entre los sinhaleses de Sri Lanka (1980: 85). En otro contexto distante, ente los mehinaku donde trabajó Thomas Gregor, el verbo comer remite a comer en sí y a tener sexo, hasta el punto de se afirma que “el sexo es el rey de la comida” (1985: 70). Entre los hua se da una asociación implícita entre alimentar y tener un encuentro sexual: en ambos caso se dice que uno alimenta al otro. Para este pueblo eso es algo más que retórica, algo más que una metáfora, pues ambos consiguen transmitir *nu*, esencia vital (Meigs, 1984).

Las retóricas del lenguaje en este caso suelen remitir a prácticas, a veces muy elocuentes como los consumos orales de semen entre los jóvenes sambia, etoro, kuks, tchetchai y baruyas según ha documentado Greenberg (1988: 28).

Las analogías e identidades vienen también de la convergencia de sentido entre hacer el amor y cocinar. Según refiere Lévi Strauss en pueblos de lengua swahilli se da una relación mítica entre ambas realidades en algunos rituales, estableciendo una vinculación de contigüidad lógica entre artefactos culinarios y órganos sexuales: echar leña, calentar, significa facilitar la cocción pero también incrementar la pasión y el ardor amoroso y/o sexual. En el análisis que hace el antropólogo francés sobre el primitivo utillaje culinario, las piedras sobre las que se asienta la olla serían las nalgas, la marmita es la vagina y el pene el cucharón (1982: 291). Cocinar y hacer el amor vienen a ser equivalentes: es cuestión de remover el cucharón en la marmita caliente; de ahí que cierta tecnología culinaria y ciertas técnicas sexuales sean equivalentes en el lenguaje popular (“pasar por la cacerola” o “pasar por la piedra”) y provocan convergencia de sentido y no sólo lo refleja el lenguaje popular sino el propio ritual como ha reseñado el propio Lévi-Strauss.

Las analogías entre boca y órgano sexual son claras en el caso femenino; una construcción que pasa simplemente por la variación de los labios: de horizontales a verticales. Boca y vagina muestran equivalencia que se aprecia claramente en la extensión de los mitos de la vagina dentada. Una pequeña muestra: en el mito nivaklé del Gran Chacolas mujeres del agua, estas comen por la vagina (Chase-Sardi *et. alli.*, 2006: 41-47); los adivasi de la India igualmente tienen este mito que se prolonga con el relato de cómo y por qué se eliminó la dentición a alas

vaginas (Dibie, 1999: 176-177) y también los maoris de Oceanía (Biggs, 1966)

Es una relación que se actualiza y adquiere nuevas formas. Por ejemplo contemporáneamente en algunos lugares de occidente encontramos dos tipos nuevos de consumo en restaurantes que convergen en esa convicción: aquellos en los que el plato es un cuerpo desnudo en el que se sirven comidas (en el llamado *body sushi*, por ejemplo) y otros en los que se comen alimentos con forma de órganos sexuales, como en esos estrafalarios postres en las despedidas de soltería.

Más aún en las resemantizaciones populares triunfa muy por encima de otras las identificaciones entre productos alimenticios y órganos sexuales. Resulta significativo que habiendo tantas cosas en la naturaleza para establecer términos de identidad con órganos sexuales se produzca una clarísima decantación por productos comestibles, frutas, verduras, legumbres, pescados... Los principales órganos sexuales ya sabemos que vienen simbolizados en comidas: pepino, plátano, alcachofa, castaña, higo, pera, membrillo, ostra, almeja...

Tenemos, pues, muchas referencias, variadas impresiones y un importante arsenal discursivo para pensar en el vínculo entre comida y amor y sexo, pero no tenemos tantos relatos acerca de cómo en la interacción amorosa *real* aparece la comida. Como he referido en otro lugar (2011), investigar la relación amorosa en el segmento más pequeño de sociedad, la pareja, se hace especialmente difícil porque las estrategias fundamentales del trabajo etnográfico son difíciles de aplicar. Si todo lo que tiene que ver con la expresión privada de sentimientos (lágrimas íntimas, sexualidad, retóricas amorosas) es difícilmente observable, más la relación de pareja, al menos en el occidente contemporáneo: aquí más que en otros contextos y situaciones se rechaza la mirada curiosa del etnógrafo. Frente a esa dificultad vengo ensayando la estrategia de trabajar con cartas y postales de novios/enamorados; en ellas se puede apreciar la interacción sin intermediación.

En este artículo me centraré en el análisis de cartas postales de novios preferentemente españolas de un periodo que va desde finales del siglo XIX hasta los años 70 del siglo XX. He entresacado de mi colección las postales donde de una u otra forma aparece la comida. El análisis me llevará a sugerir algunas ideas de la importancia de la comida en la construcción social del amor y del sexo.

La reflexión la hago a partir de dos elementos de significación que hay que tomar en cuenta a la hora de analizar la postal: por un lado la imagen y texto impreso de la postal que remiten a cierta impronta institucional y pedagógica que puede marcar sentidos culturales asentados de la relación y el texto manuscrito que evidentemente ofrece argumentos y matices más libres. Ambos aspectos son importantes y no sólo dan pistas de la presencia de la comida en la relación amorosa permitiendo ver cómo y cuándo aparece ésta en el texto escrito por amantes,

sino que la imagen fotográfica o el dibujo, y el texto impreso en su caso, también informan del tipo de relación: esas imágenes impresas informan de cosas que se quieren decir, se convierten en actividades de desplazamiento (eso que hace o dice la pareja representada es lo que el remitente, a veces, querría hacer o decir); en el fondo son una especie de mandamientos o recetarios para el amor y para el sexo intermediados por comida.

REPRESENTACIONES Y TEXTOS CULINARIOS IMPRESOS EN POSTALES DE AMOR

Las imágenes, en muchas postales de novios muestran tipologías variadas de la mediación culinaria en las relaciones amoroso-sexuales. Básicamente del análisis que he realizado se desprenden cuatro tipos:

- 1) Las comidas dulces, especialmente los helados, las tartas y algún tipo de frutas como las uvas aparecen con frecuencia en la representación culinaria amorosa. Intermedian en una relación que parece caracterizarse por el candor. Los novios con dulces, en una metonimia simple, son dulces: aparecen en actitudes ingenuas, con poco acercamiento corporal, como si estuviesen disfrutando de un amor romántico que sublima todo, hasta el encuentro sexual. Es muy frecuente recurrir a parejas de niños en una relación dulce (como en la postal 4) que continúa en la tarta nupcial prolegómeno de la luna de miel.

Warren Belasco refiere algo parecido en relación a las letras de canciones de amor que recurren a imágenes de alimentos; el romanticismo se expresa en la dulzura: “abundan baladas románticas con imágenes de azúcar, miel, mermelada, dulces, galletas, melocotones, magdalenas, pasteles de bebé, pasteles, néctar, y en los países tropicales, mangos” (2008: 37).



Postales 1 y 2.



Postales 3 y 4.

- 2) Postales en las que el motivo culinario es la carne y la grasa. Remiten a situaciones festivas, gozosas sensualmente, en las que se expresa o se adivina un próximo contacto sexual. La carne en las postales rompe con el platonismo de los personajes: estos aparecen más mundanos, menos correctos. De alguna manera la idea de pecado se asocia con este consumo: relaciones prematrimoniales o relaciones de infidelidad, como en la postal 7 donde un soldado en el servicio militar recibe un paquete de su novia con chorizos y morcillas del pueblo y se lo come con la amante (el eufemismo en la respuesta a la novia: “me ha venido de maravilla cuando he salido de maniobras con la compañía” no debe pasar desapercibido). Además está la manera de comer con los dedos manchando de grasa la boca y las manos, como en la postal 5... lo que se sugiere es que se está en los prolegómenos de una relación sexual. Y en fin, la idea de carne y comida campestre es otro argumento vinculado simbólicamente al sexo campestre, con menos contención y con un punto de salvajismo y animalidad. Los protagonistas de la postal 5 comen carne en el campo y después, como en la 6, se dan “el filete”; se “magrean”, como refería más arriba.

Parecida impresión también la de Belasco en su análisis de las comidas en las canciones de amor: “...a medida que el amor se calienta hacia la lujuria, los sabores se vuelven hacia la sal y las ... especias "más calientes", especialmente la pimienta, el jengibre, el ajo y la mostaza. Si los dulces y la repostería son los "alimentos básicos" del romance inocente, la carne y el marisco son los alimentos básicos del sexo” (*ibid.*)

De alguna manera la grasa se vincula con “lo sabroso” y por tanto con la alegría festiva y salada. La fiesta es con carne y con sal mientras que la tristeza y la enfermedad se han vinculado con la desabridez.

La escritora Margaret Visser en *The rituals of dinner* afirma que la comida es un ritual en el que se despiertan deseos sexuales (1992: 18). Así, las palabras en una cena de una pareja se reproducirán, dice, en el acto amoroso y sexual y, de alguna manera, lo prepararán: “¡tengo un hambre... hoy voy a devorar!”, “esto está jugoso”, “¡qué tierno!”, “con este plato me voy a chupar los dedos”, “me ha llenado”, “estoy satisfecho”, “eso hay que chuparlo bien, verás qué rico”... Y junto a las expresiones la manera de comer delata donde puede estar una pareja sexual: si hay énfasis en intercambiar comida entre dos (“dáme que pruebe de lo tuyo y yo te doy que pruebes de lo mío”), si hay especial incidencia en sorber o en comer con los dedos, todo ello está connotado doblemente sexual y culinariamente. Y, en fin, si hay énfasis en la grasa, en la crema, también parece que hay

connotación sexual, al menos en occidente.

Por su parte Linda Murray refiere un experimento llevado a cabo en la Universidad del Estado de Arizona que ilustra cómo estas valencias simbólicas generan normas de comportamiento social y moral. El experimento se realizó con dos mujeres parecidas a las que alternativamente se les ofrecía distinta comida y eran observadas por un público voluntario: una comía fruta, ensalada, pan integral, patata y pollo; la otra hamburguesa, patatas fritas, donuts y, de postre, un doble helado de crema. La primera fue vista como moral, femenina, atractiva y monógama. La segunda, inmoral, inconsciente y sexualmente promiscua (Murray, 2003: 266).



Postal 5.



Postal 6.



Postal 7.

- 3) Las bebidas excitantes reflejan una intermediación a mitad de camino de esos polos. El café y el té parecen invitar a confidencias íntimas, amorosas, a que la lengua se dispare y así transitar del romanticismo a la carnalidad. Son interesantes y frecuentes las series (como la que presento en las postales 8, 9 y 10) en las que se representa en forma de secuencia una velada de café entre novios: se aprecia cómo la velada empieza con formalidad y lejanía corporal y cómo al final de la sesión el café ha hecho el efecto esperado: las formas son mucho menos comedidas y el acercamiento más notorio... ella parece rendirse.

La idea de usar la bebida o la comida para rendir amorosa y sexualmente al otro está muy presente en culturas de lo más diversas, pero indiscutiblemente en occidente. En este sentido la comida es concebida como sustancia mágica que tiene poderes para el doblegamiento de la voluntad de la pareja.

Con esta lógica se ha construido un cuerpo de relaciones entre valores intrínsecos de determinadas comidas con valencias potenciadoras de la actividad o el deseo sexual. La mediación se realiza a partir de la categoría afrodisíacos. Hacer

una lista de estos productos, sería como listar la imaginación pues tantas han sido y son las comidas que a lo largo del tiempo y, en diferentes contextos culturales, se han considerado afrodisíacas. Para quienes tenían en alta estima al libertinaje, la lista de afrodisíacos sólo tenía límites en la imaginación. La valeriana conocida por sus propiedades estimulantes a bajas dosis fue favorita en los burdeles y las *yujo*, las profesionales del placer en el Japón feudal complementaban sus encantos con los poderes afrodisíacos de la anguila y la raíz de loto. Es difícil establecer reglas aunque se puede decir que la analogía y equivalencia influye en la consideración como afrodisíaco: por ejemplo, las alcachofas, los espárragos o los pepinos por su parecido con el pene lo serían, por su naturaleza húmeda y jugosa lo serían los higos carnosos o los mangos, o más directamente, el órgano sexual de animales conocidos por su vigor sexual o ardor procreador como el tigre o del conejo o las ostras; también influye el comportamiento del producto (por ejemplo, el gallo altanero y lujurioso), otros lo son en función de su rareza o lujo: trufas, foie-grass, caviar o las ostras.

A veces se habla de cualidades químicas que objetivan la relación con el apetito sexual: el alcaloide cafeína del café claro estimulante del sistema nervioso, la feniletilamina del chocolate, sustancia cerebral que se sugiere está detrás de la sensación de estar enamorado, la guindilla que hace que se acelere el pulso e induzca a la sudación, imitando el estado de excitación sexual y que estimula la liberación de endorfinas, opiáceos naturales que juegan un papel importante en el placer sexual, el ajo que puede promover la potencia por su alto contenido en arginina, un aminoácido que facilita el flujo sanguíneo, y puede, por lo tanto, aumentar las erecciones; el valor afrodisíaco de la trufa puede derivar en parte de que contiene feromonas, y la ostra por su rico contenido en zinc que puede aumentar la producción de esperma y la libido.

No obstante, como dijo Manuel Vázquez Montalbán en las *Recetas inmorales*, “Nunca jamás, nadie ha tenido éxito en la seducción a través del alimento en solitario... pero existe una larga lista de quienes han seducido hablando de lo que debía comerse” (1996: 8). El verdadero afrodisíaco está en la mente cultural más que el contenido formal de determinados alimentos; y esa mente cultural se ha construido en parte con representaciones y discursos como los que se asentaron en cartas postales.



Postales 8 y 9.



Postal 10.

4) Con los alcoholes sucede algo parecido. Se presentan como expresivos de la sociabilidad, de la conversación amorosa... pero hasta un punto a partir del cual la corporalidad contenida se rompe: imaginamos palabras distintas y vemos gestos corporales radicalmente diferentes. La bebida de etiqueta y el brindis es una invitación a la convergencia espiritual pero significativamente el consumo abundante de “bebidas espirituosas” hace que del formalismo se pase a la desinhibición. Llama la atención el nombre genérico de los alcoholes; son “espirituosos” es decir, bebidas que sacan a relucir la espiritualidad ... Evidentemente esa adjetivación parece ser cierta para consumos parcos y pautados, pero no para consumos intensos; en esas situaciones, antes de la borrachera, el alcohol saca a relucir la genitalidad. El beso se aproxima como en la postal 13 y si no hubiese habido censura previa podríamos encontrar la secuencia siguiente en la que la unión carnal se haría explícita. Compartir alcohol es un buen comienzo para compartir saliva y otros humores corporales que se ofrecen en la relación sexual y que se entienden como otra comida.



Postales 11 y 12.



Postal 13.

Esta pedagogía en las imágenes que sirve para orientar la vida de los novios se complementa con los textos impresos que acompañan muchas postales y que inciden en la carga ideológica que se proyecta en las imágenes. Pero además, muchas veces, esos textos son algo más y algo diferente a una simple exégesis y relatan cosas que no tienen que ver con la fotografía y que, quizá, ni siquiera se puede representar. Un ejemplo claro y expresivo es lo que yo llamaría el canibalismo amoroso. El amor de pareja no solo se expresa en el acto de comer con el otro sino también en comer del otro. Aquella reflexión con la que comenzaba este texto encuentra su manifestación real en varios textos impresos de postales.

El simple personaje de la postal 14, el galán prototípico y formal de la España de los años 50 del siglo XX dice sin inmutarse: “quisiera libar el dulce néctar de tu boca”; en el fondo está diciendo que quiere chupar su saliva y el segundo personaje (postal 15) es menos críptico cuando dice “me gusta tu carne” y nos hace entender: “me la voy a comer”. Estamos ante un canibalismo simbólico que se relaciona en efecto con los bocados reales en la interacción amorosa, pero sobre todo con el plato sexual que representa para él esa mujer. Entonces la ecuación se hace plenamente inteligible: me gusta tu carne = me la voy a comer = voy a

tener una relación sexual contigo.

De alguna manera ese comer saliva del ser amado, representado en el beso, como acto real de canibalismo está en el punto central de otros canibalismos amorosos: comer lágrimas – beber más bien las lágrimas del ser amado ante una despedida o ante la intensidad de un recuerdo o ante la activación de una emoción – sería una acción que se inserta en el contexto del romanticismo platónico. En su *Fragmentos para un discurso amoroso* R. Barthes incluye el motivo “elogio de las lágrimas” y se pregunta si es una predisposición propia del individuo enamorado echarse a llorar y responde: “Liberando sus lágrimas sin coerción, sigue las órdenes del cuerpo enamorado, que es un cuerpo bañado, en expansión líquida: llorar juntos, fluir juntos: lágrimas deliciosas...” (226-227). Probar las lágrimas de uno mismo o del otro enamorado se convierte en una experiencia casi mística, como le sucedió a San Luis quien al decir de Michelet, “sufría por no haber recibido el don del llanto; pero una vez que sintió correr las lágrimas dulcemente por su rostro le parecieron muy sabrosas y dulcísimas, no solamente al corazón sino también a la boca” (*ibid*).

Lágrimas dulces, como saliva dulce y aún leche materna dulce. Así al menos lo apreciaba Enrique F., informante en Veracruz de Juan Antonio Flores, quien le comentaba el gusto de chupar el pecho de una amante que tenía un bebé y saborear esa leche tan blanca y tan dulce (2009: 156). Unos sabores dulces que contrastan con los sabores salados del sudor, el semen y el flujo vaginal, que también son materia para el intercambio culinario-sexual.

Pero de algún modo saliva, lágrimas, flujo y semen convergen en el corazón. Entonces qué mejor representación del amor que esa de canibalismo, podríamos decir integral, de Cupido (postal 16) comiendo un corazón cocido, sacado de una marmita donde se cocinan corazones. Amar es arrebatarse el corazón del otro y “comérselo”. La expresión “ser un solo corazón” en el fondo es esa: que mi sangre, que da vida a mi corazón esté compuesta de sus lágrimas, su saliva, su semen o sus fluidos vaginales.



Postales 14 y 15.



Postal 16.

COMIDA EN LA PRÁCTICA AMOROSA. EL EJEMPLO DE SEBASTIANA Y MIGUEL

Como refería anteriormente los mensajes escritos y gráficos dialogan con los textos privados que los novios escriben en las cartas y postales. A veces, en postales de tema culinario se valen de lo retratado para llevar un argumento de amor o sexual al caso particular, pero otras muchas veces el argumento culinario sale espontáneamente, con una naturalidad pasmosa en medio de toda la retórica amorosa.

Podría buscar referencias diversas en textos del repertorio de cartas y postales de amor que he consultado pero prefiero centrar las sugerencias en una sola relación amorosa de la que tengo una amplia secuencia epistolar, la relación entre Sebastiana Balaguer y Miguel Ripoll, novios a comienzos del siglo XX en España, que se giraron entre 1901 y 1903 una ingente cantidad de postales en esos años³.

En su relación epistolar las referencias al sabor del otro son frecuentes y sobre todo aparecen como calificativos las categorías culinarias de dulce y salado. En una postal fechada el 8 de agosto de 1902, Sebastiana habla de su “gitano salado” y cómo se lo comería:

“Mi muy queridísimo gitano, saladísimo nene de mi alma... solo quiero decirte pues no tengo más tiempo, que te quiero con delirio, que te adoro con todos mis sentidos y que tu eres el único hombre a quien he querido con locura”... “recibe muchos besos de tu gitana que te idolatra y te comería”... Al ingeniero más guapo y más salado del mundo entero”.

Igualmente, en la postal 17, la sal y la gracia se conjugan en el amante:

“Chiquillo adorado, cuanto te quiero y te amo, tu eres y serás mi única ilusión, tu serás el pensamiento de tu nenilla siempre, que no piensa más que en su Lillito del alma. Adiós lucerito de mi vida. Ricura de tu nenilla gitanillo adorado, amor mío. Chatín del alma... a su saladísimo y gracioso moreno que te adora Sebas de Lillo.

Parece que ser salado y estar “rico” convergen y lo hacen apetitoso para el otro, así Miguel (Miguelillo, Lillo...) se convierte en un plato para ella, en “la ricura de su nenilla” como Sebastiana dice.

³ La colección la adquirí en una tienda de Viejo en Madrid en 1999 y está compuesta por 70 postales.

El dulce aparece también con frecuencia, como en la postal 18: “Tu boca es más dulce que la miel que hacen todas las abejas del mundo” y así en otras postales en las que hablan recíprocamente de besos dulces o de su dulce amor.



Postales 17 y 18.

Pero más que en adjetivaciones formales – y poco sofisticadas podríamos decir –, la comida aparece en muchas escenas imaginarias de la vida de la pareja. Es especialmente interesante la del 25 de septiembre de 1902:

“Cuando estamos juntos hablamos muy poco y es que besándonos nos entusiasmos tanto que no sabemos qué decirnos, pero como tu bien dices el 7 y 8 hablaremos muy formal de nuestro matrimonio pues mal que te pese cada día que pasa caminamos un pasito hacia ese feliz día... Ya verás cómo nos reímos pensando lo muchísimo que sufrimos ahora. Nada, hay que animarse... Voy a comer ¿gustas hacerlo con tu nenilla: te daré a la boquita, después te daré café y luego de postre echaremos la siesta si es que tu quieres. CIELITO MÍO A QUIEN QUIERES TU,

PICHONCITO MÍO. RIQUITO, NENILLO. Al volcánico Ingeniero que abraza de amor a su nenilla. Sebas del simpático”.

¿A qué lo está invitando a comer? Efectivamente lo invita a comer comida, pero evidentemente también lo está invitando a hacer el amor: dar comidita en la boquita, tomar después café y echarse la siesta no puede dejar de tener esa otra lectura como bien lo ha ido asentando todo ese arsenal pedagógico de las postales de amantes que hemos visto. Ella le da de comer a él que a su vez la está abrazando de tanto amor, es un juego de cocina, de amor y de sexo.

Algo similar hace Miguel respecto a Sebastiana en la postal que le envía el 3 de abril de 1903: le pregunta si la acompaña a comer, pero realmente lo que provoca esta invitación culinaria es la conversión de Sebastiana en objeto culinario (le dice “rica” hasta a la saciedad) y él mismo se presenta como objeto culinario: su corazón va a hervir, como aquel que veíamos de Cupido en la postal 16. En el fondo “estar caliente” es una precondition para un buen plato y para un buen sexo y “calentar” se convierte en una necesaria estrategia en la cocina y en la cama:

“Te dejo un momento porque voy a comer ¿me acompañas Sebastiana mía? Hasta luego Rica mía. Rica, Rica mía. “Por ti deliro vidita mía y por tu amor me muero”... “Riquita que mi corazón hervirá”.

En la construcción imaginaria del amor también, con frecuencia, se relatan actividades de sustitución simbólica entre los personajes de la postal y los propios novios. Por ejemplo, en la postal 19 se anuncia un tema recurrente como es el hambre del otro. Agarrar con ganas la pieza rica de carne en la fotografía es lo que quiere hacer ella con él, aunque los personajes sean niños a los que se recurre con frecuencia para desplazar la fuerza del mensaje:

“Amor mío gitanillo de mi corazón: esta es la última tarjeta. Estos terminan como nosotros ¿verdad riquito de mi alma? Mira que tempranito han empezado. Mira qué ojillos más granujas tienen. Mira con qué ganas le agarra él como tu a mí. ¿Cuándo nos veremos así, precioso mío?”.

También son niños los protagonistas de otra postal girada por la propia Sebastiana el 4 de febrero de 1903 (postal 20). El niño está comiendo pan y Sebastiana dice, poniendo en boca de la niña lo que ella misma piensa: “¿a que estoy más rica que el pan que te estás comiendo?”.

O, en fin, la postal 21 en la que el protagonista es un niño gordito. Sebastiana dice “dan ganas de darle un mordisquito” pero funciona una vez más como

una imagen para el desplazamiento simbólico pues no quiere darle mordisquitos al niño sino a Miguel:

“Díme si estás contento con tu nena, si la quieres mucho y no la olvidas ni un momento... Este nene si que está gordito, dan ganas e darle un mordisquito de tan gordito y hermoso como está, como a ti me gustaría morderle ¿verdad ángel de mi vida?” GITANILLO AMADO, QUE ME TIENES LOQUITA CON TANTO AMOR. PRECIOSILLO LUCERILLO MÍO RIQUÍSIMO DE MI CORAZÓN. CHATILLO DE MI QUE TE QUERO MUCHO Y NO PUEDO VIVIR SIN TÍ. A su Miguelito quien de veras y de todo corazón le quiere y adora, Sebastiana de Miguelillo. Besos de la nenilla”.



Postales 19 y 20.



Postal 21.

LA COMIDA EN LA CONSTRUCCIÓN DEL AMOR Y EL SEXO

Si en otro lugar (2005) he referido cómo se usan campos semánticos diversos para construir socialmente la variabilidad de lo que integra el amor (categorías animales, tipologías sociales, órganos corporales) aquí me he centrado en el universo culinario. Encontramos una diferenciación central entre lo dulce y lo salado que ayudan a connotar los dos extremos en la construcción ideológica del amor. La dulzura culinaria tiene su correspondencia en el romanticismo amoroso, con aquello que se llamó amor platónico por su vínculo con las ideas, la convergencia espiritual con el otro, mientras que la sal y grasa culinaria se corresponden con el contacto físico, con el vínculo de los sentidos. La sal y grasa sirven para amalgamar los ingredientes en un plato del mismo modo que en la relación amorosa la sal y la grasa permiten que la emoción platónica se convierta en pasión sensual. Así, tomando en cuenta la relación epistolar entre Sebastiana y Miguel, si se usan categorías culinarias el amor de “más rica que el pan”, de “ganas de pegarte un bocadito”, de “sabrosote”, es muy diferente que el amor de “nectar”, de “caramelo-

litos” o de “miel de tus labios”. Quien escribe con estas adjetivaciones culinarias lo hace de manera tendenciosa par provocar emoción y o deseo.

Roland Barthes definía al enamorado como “un niño que se tensa” (1997). En cuanto niño prima el campo de la dulzura, pero de repente surge la tensión genital y entran en juego la grasa y la sal; el cuerpo se engrasa. Entre esos extremos toda una gama de comidas que facilitan los tránsitos, desde luego los alcoholes y las bebidas excitantes han cumplido ese papel en occidente.

Sin duda la comida ha ayudado a perfilar las valencias del amor en una escala que va del vínculo intelectual al corporal. Es claro que la poesía y las frases dulces accionan el sentimiento y, al transmitir las, el corazón late, pero no es menos claro y evidente que con otros ingredientes se sentirá la extraordinaria ricura del ser amado y el corazón hierve... como con una naturalidad palmaria escribía Hipólito un novio anónimo a su novia Antonia una postal de cumpleaños que resulta elocuente (postal 23) pues junto a las formalidades romántico-infantiloides (“*Nuestro amor esta enlazado, nuestro corazón igual, no hay quien lo desenlace, cada día te quiero más*”...), destaca en mayúsculas una marca de autor: “*ME GUSTAS MÁS QUE EL RANCHO EXTRAORDINARIO*”. El rancho festivo, no puede ser otro que la carne como ya sugirió hace décadas Lévi-Strauss. Antonia no es una comida normal y ordinaria es, como el rancho extraordinario, una comida especial. Es carne y sal.



Postal 22 anverso.



Postal 22 reverso.

BIBLIOGRAFÍA

- BARTHES, R. (1997), *Fragmentos de un discurso amoroso*. Círculo de Lectores, Madrid.
- Belasco, W. (2008), *Food. The key concepts*. Berg, Oxford – N. York.
- BIGGS, B. (1966), "Maori Myths and Traditions en A. H. McLintock (ed.) *Encyclopaedia of New Zealand*. Government Printer: Wellington.
- FARB, P. & ARMELAGOS, G. (1980), *Consuming Passions: The Anthropology of Eating*. Boston: Houghton Mifflin.
- CHASE-SARDI, M. et alli (comps.) (2006), *El gateo de los nuestros. Narrativa erótica indígena del Gran Chaco*. Ediciones del Sol: Buenos Aires.
- FLORES MATOS, J. A. (2009), "El gusto en los cuerpos veracruzanos: retóricas y prácticas culinarias y sexuales, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LXIV (1), 133-166.
- FOURIER, C. (1973), *La armonía pasional del nuevo mundo*. Madrid: Taurus.
- GOODY, J. *Cocina* (1995), *Cuisine y clase*. Anagrama, Barcelona.
- GREENBERG, D. (1988), *The construction of Homosexuality*. Chicago: Chicago University Press.

GREGOR, T. (1985), *Anxious pleasures. The sexual lives of an Amazonian People*. The University of Chicago Press: Chicago.

LEVI-STRAUSS, C. (1982), *Mitológicas I. Lo crudo y lo cocido*. Fondo de Cultura Económica, México.

LÓPEZ GARCÍA, J. (2005), “Etnografías del amor. Lugares literarios y argumentos para la ficción”. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LX (1), 217-267.

LÓPEZ GARCÍA, J. (2010), “Cartas de amor y relaciones de noviazgo. Análisis de caso para una reflexión antropológica, en Flores Martos, J. A. y Abad, L. (dirs.), *Emociones y sentimientos, enfoques interdisciplinarios: la construcción sociocultural del amor*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla La Mancha, Cuenca (España).

MARIANO JUÁREZ, L.; LÓPEZ GARCÍA, J. & CIPRIANO, C. (2017), “Cancer at the Dinner Table. Experiences, Senses and Emotions of Laryngeal Cancer Patients (Spain)”, *Anthropology of Food*, 12.

MURRAY, L. (2003), “Sex and Food”, en Katz, S. H. (ed.), *Enciclopedia of Food and Culture*. Nueva Cork, Gale Group.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, M. (1996), *Recetas inmorales*. Afanias, Barcelona.

VISSER, M. (1992), *The rituals of dinner*. Penguin Group Corporate. Nueva York.